

-Disculpe, señor- me interrumpió la camarera.- ¿Le ocurre algo?

Le dije que no, pero claro que me ocurría algo. Me ocurría cada mañana, al leer el periódico. Me ocurría cada mañana, flagelado por el recuerdo, atormentado por la tortura del anhelo. Dos lágrimas furtivas que bien podían ser el preludio de una sinfonía copiosa de llanto resbalaban por mis mejillas, desembocando en el acantilado de la desaliñada barba que lucía. Una tercera lágrima cerró el grifo antes de depositarse sobre las páginas abiertas del diario. No andaba perdida la tercera lágrima: sabía adónde quería ir, sabía dónde debía posarse. Mojó las iniciales de la autora del artículo: S.O./Israel.

Apenas era una chiquilla cuando llegó a Madrid. Se había decidido a abandonar el calor del hogar para, como tantos a esa edad, estudiar una carrera. Periodismo, les dijo a sus padres un día. Ellos la miraron con escepticismo, como si les hubiera dicho que quería ser artista. Las Facultades sacan periodistas e historiadores como chorizos, en rastras interminables que luego debemos colgar a secar para no aprovecharlos nunca. Alguien se licencia en periodismo, en arte o en historia igual que actúa en una obra de teatro en el colegio: con muchas ganas pero con opciones prácticamente nulas de dedicarse a ello. Pasan los primeros años tras sus estudios trabajando como becarios, y los siguientes inmersos en la orden mendicante de los miles de licenciados en paro, que esperan su momento sirviendo copas, revisando códigos de barras y precios en una caja de un supermercado o, en el mejor de los casos, de regreso al pueblo, a casa de papá y mamá, hasta que una revista local les permite dedicarse a fotografiar niños y marujas en las procesiones de los santos y las verbenas populares. Ni un master, ni un doctorado, ni siquiera las prácticas en uno de los grandes medios de comunicación nacional aseguran un puesto, y mucho menos la dignidad social y laboral que el estudiante idealista espera de su vida. Sacar a la luz la verdad tan sólo es una frase hecha, propia del cine y de personajes interpretados por Robert Redford o Mel Gibson, pero vacía de contenido en la realidad.

Sin embargo, pese a su visible escepticismo, sus padres no se opusieron a la decisión. Veían en su mirada convicción, vocación incluso, y tampoco se sentían con fuerzas suficientes para negarle un sueño a la chiquilla de sus amores.

Debió de llegar cargada de ilusiones y esperanzas, aunque cuando yo la conocí ya se había convertido en una chica de ojos tristes y sonrisa pusilánime apenas gastada por el uso. Adentrados en enero, la temperatura fuera del bar planeaba sobre los cero grados. Se acercó a la barra, un par de metros a mi izquierda, frente al expositor de bollería, y pidió un

café solo. Siempre me resulta curioso que una mujer pida un café solo. Parece cosa de hombres. Ellas suelen tomar cortados o cafés con leche, pero a mí me gusta escuchar de labios de una mujer que desea tomar un café solo. Suena a reivindicación de independencia, a refutación de su fortaleza. Cuando le hubieron servido el café, aprehendió la taza con ambas manos, conteniendo el calor que no deseaba que escapara. La naricilla patricia resaltaba de su blanca cara por el frío tintado en rojo. Sus manos, pequeñas, apenas un poco mayores que la taza de diseño que asían, también reflejaban una desapacible mañana invernal. El café humeaba en los ojos de la chica, pero ella seguía dando sorbos cortitos, sufridos de fuego, que le proporcionaban cafeína y contagiaban temperatura.

Yo, como cada mañana, desayunaba en esa misma cafetería de la calle Miguel Yuste, junto a la redacción de El País, mientras leía la prensa. Mentiría si digo que no me había fijado en ella (siempre me fijo en las chicas guapas, y ésta lo era de sobra) pero no dejaba de ser una clienta más, de paso, como muchas otras que atravesaban la cotidianidad gris de los usuarios del Café Indefinido. De haber terminado su café y salido del bar en ese momento, nunca la hubiera conocido y posiblemente no hubiera tardado más de cinco minutos, diez a lo sumo, en olvidarla. Sin embargo se acercó hasta donde yo estaba y jamás he podido quitármela de la cabeza.

Me gusta colocarme al fondo de la barra, junto al revistero, para poder engullir diarios, semanales, revistas y suplementos. Incluso los catálogos de ventas y publicidad pueden servir para entretener un momento de aburrimiento. Y Madrid es grande, demasiado grande y anónimo, una ciudad de millones de solitarios con sus millones de momentos aburridos. Ella se acercó hacia mí. Al principio pensé que venía a hablar conmigo. Se había dado cuenta de que la miraba desde que entró. Cualquiera se hubiera dado cuenta. Una chica bonita atrae los ojos de todos los hombres de un bar, de los solteros y de los casados. El hombre, será cuestión instintiva, no puede evitar otear de arriba a abajo a una mujer, y carecemos del tacto o disimulo suficiente para que ellas no lo perciban. Supongo que es una imposición para la supervivencia: nosotros mostramos nuestra apetencia y ellas escogen al sujeto. Una manera lógica de fomentar la procreación de la especie. De cualquier modo, ella se acercó y se puso a revisar cada ejemplar de los que componían la desordenada hemeroteca de la cafetería, desechando las revistas y los suplementos a color, para centrarse en los ejemplares de papel sepia. Pasaba las páginas de manera compulsiva, inquieta, buscando y rebuscando algo entre la hojarasca de anuncios y artículos. No podía quitarle la vista de encima, pero ella no parecía siquiera percatarse de mi presencia, por lo menos hasta que terminó con todos los periódicos. En ese momento sí que se dio cuenta de que existía. Vale, reconozco que no fue por mi atractivo

irresistible ni por mi sonrisa de anuncio. No gozo de estos atributos, pero, de cualquier forma, se fijó en mí. Lo hizo porque yo tenía el único periódico que ella no había podido ojear todavía.

-Perdona- fue la primera palabra que escuché de su boca-. ¿Me dejas un momento el periódico?

Si me lo hubiera pedido un tío, seguro que habría dicho que no. Pero no a ella, no a la chica triste, de belleza trágica, que parecía una heroína griega vestida con ropas de nuestro tiempo. Recuerdo que pensé que, de haber sonreído, le habría dado hasta la cartera. Pero ella no sonrió, así que únicamente le dejé el diario.

-Claro, cógelo. Tengo toda la mañana para leerlo- mentí.

Saltó las secciones de Nacional, Internacional y Regional para plantarse en Madrid. No leía los artículos, tan sólo ojeaba los nombres de los autores. Pasaba el dedo por encima, en ese gesto parvulario que todos usamos cuando leemos con nerviosismo. Un artículo, otro, otro más... De pronto detuvo su índice sobre uno de esos nombres, sobre una columnita estrecha, sin fotografía y en página par. Lanzó un suspiro.

-¿Alguna mala noticia?- indagué sin convencimiento en la voz.

Levantó la vista y me miró sin apartar el dedo del periódico. Creo que fue en ese instante cuando me enamoré de ella. Sus ojos cansados pedían a gritos socorro, y supongo que fui presa de alguno de esos complejos de machito que creen estar en este mundo para salvar princesas de dragones, sin darse cuenta de que son las mujeres los verdaderos y peligrosos dragones. Puedes intentar salvar a la chica, pero ¿quién salvará al machito de la chica? Ella, el dragón de uñas pintadas en vez de garras, me atrapó.

-No, tan sólo miraba el nombre del autor- respondió cerrando el diario-. Es una persona a la que conozco. Gracias por el periódico.

Lo dobló de arriba a abajo y trató de devolvérmelo. El bloque de papel cayó sobre el plato en el que se apoyaba la taza y ésta volcó. No es que llevase unos vaqueros demasiado bonitos, pero siempre es un incordio que te pringuen con café caliente. El dragón me había quemado, aunque no con su aliento sino con mi propio desayuno.

-¡Oh! Perdona- dijo cogiendo servilletas de la barra para limpiar el estropicio.

Me había levantado de un brinco, echando hacia atrás el taburete y sin ninguna reacción excepto mirarme la mancha de los pantalones con expresión de estúpido. El camarero se acercaba con una bayeta a limpiar la piscina en la que se había convertido el mostrador y ella, nerviosa, agarraba más y más servilletas de papel para secar mis pantalones.

-Tranquila- reaccioné al fin. Le contuve la mano cargada de servilletas empapadas de café-. Yo me ocupó.

Rebosó un cenicero con las servilletas que tiró y se llevó ambas manos a la cara, tapándose la boca y la nariz en un ademán entreverado de sorpresa y arrepentimiento.

-Lo siento mucho- intentaba disculparse-. Qué torpe soy. Lo siento...

Sigo creyendo que fueron sus ojos tristes los que me hipnotizaron. Al mirarla, el enfado lógico cedió terreno en favor de las hormonas. Exhibía un aura de niña indefensa que le servía para defenderse, para dominar incluso. El sexo débil dicen en las revistas. Menuda falacia. Caí rendido y, por primera vez, no pude soportar no volver a verla.

-Mira, yo tengo que ir a cambiarme- señalé la mancha cerca de mi entrepierna- pero tal vez puedas compensarme invitándome mañana a desayunar.

Si estaba herido de amor, en aquel instante recibí la puñalada final. Sonrió, con cierta timidez pero sonrió. Una fina hilera blanca sostenía a sus mejillas y éstas a sus ojos tristes de hechicera. Sonrisa, mejillas y ojos: basa, fuste y capitel que servían de soporte para un estilo arquitectónico singular y novedoso. El sortilegio de su mirada funcionó a la perfección, derribando las columnas de mi alma y convirtiéndome en un montón de ruinas a su servicio.

A la misma hora en el mismo sitio. Llegó puntual, en uno más de esos engaños que las mujeres realizan al inicio de una relación. Vestía de manera discreta, con un abrigo que le cubría hasta las rodillas y un jersey negro ajustado que marcaba la geografía redonda de sus senos. Cuando se quitó el abrigo, pude ver que había cambiado los pantalones holgados por una falda ceñida. Debí darme cuenta de sus intenciones. Un hombre no puede fiarse de una mujer que se pone falda. La falda es como el gusano al final de la caña: apetitoso, infinitamente apetitosos pero oculta una trampa. Yo, besugo de tierra, mordí el anzuelo.

Esa mañana fue la primera de muchas otras. En ellas descubrí que había estudiado periodismo y que, en esos momentos, trataba de abrirse camino en “el inmenso océano de su profesión”, como ella decía. También me confesó que la persona conocida a la que buscaba con tanto ahínco entre las páginas sepia era ella misma. En un esfuerzo más por acceder a un trabajo, se había inscrito en un master que impartía El País. Además, compatibilizaba las clases con el puesto de becaria para Agencia EFE. Ambas ocupaciones la mantenían todo el día corriendo de un lado para otro, a la caza de noticias locales, que luego ni El País ni EFE, en muchas ocasiones, solían publicar. Pero ella no se daba por vencida. Continuaba revisando los periódicos, escrutaba cada titular y cada nombre o iniciales que

aparecían hasta que daba con alguna de sus colaboraciones. Otras veces le pedían una crítica literaria o que, en el mejor de los casos, fuera a algún teatro de tercera a ver un espectáculo. Ese tipo de trabajos, los reservados para desconocidos y que apenas cuatro gatos los lee, sí que solían ver la luz en los suplementos culturales. Pero nunca los cobraba. Con suerte, le pagaban la entrada del teatro, si es que no tenía que apañárselas para colarse.

-Encontrar Silvia Ocaña o S.O. abriendo un artículo es el chute de esperanza que necesito para no hundirme- confesó con un rictus apesadumbrado-. Cada semana me planteo regresar al pueblo, a casa de mis padres, y abandonar esta lucha inútil. Tal vez pueda buscar trabajo en una emisora de pueblo o haciendo fotos del festival del pimiento del piquillo para un periodicucho de tres al cuarto. Pero, cuando publican alguno de mis trabajos, recupero las ganas de luchar. Sé que algún día mi nombre aparecerá en Nacional o incluso en Internacional. Sé que lo lograré, tengo que hacerlo. Pero no es fácil.

A punto estuvo de que se le escapara una lágrima. Le brillaban los ojos, lo que los hacía más atractivos aún.

¿Por qué me enamoré de ella? En realidad no lo sé. Y el día que lo sepa dejará de ser amor. Enamorarse es algo irracional, sin sentido. Ocurre porque tiene que ocurrir: sin ninguna explicación, sin ninguna lógica. En los asuntos del corazón no sirven las tonterías de pros y contras. Da lo mismo que la lista con lo bueno no alcance una décima parte de la extensión de la lista con lo malo. Las matemáticas no funcionan con cupido. Si estás enamorado, lo estás y punto. Y yo me enamoré, no hay duda. Tal vez fuese su belleza trágica, o tal vez su dosificada sonrisa. Quizá la falsa imagen de fragilidad, o quizá la suavidad del timbre de su voz. Puede que todo ello junto o puede que ninguna de esas cualidades. Fuera cual cuera el motivo, lo cierto es que sucedió. Pero lo más duro fue que ella me correspondía.

Oficializamos las mañanas de desayuno, siempre en la misma cafetería, cerca de la redacción de El País en la que hacía las prácticas. Nos contábamos las miserias de la jornada y los anhelos de futuro, mientras compartíamos un croissant o un donut, o ambos. Ella mojaba la bollería en un tazón desbordante de Cola Cao, con avidez, como si fuese su única comida del día o tal vez de la semana. Yo removía el café con leche hasta marearlo, más atento a la heroína de tragedia griega que engullía croissant o donut o ambos mojados en Cola Cao, teniendo que dejar luego la mitad porque estaba frío. Aborrecía el café frío, pero no podía evitarlo. Con el paso de los días, cambié el café con leche por otro Cola Cao, contagiado por los gustos de Silvia o vencido por mi escasa personalidad. Al menos me gustaba el Cola Cao.

Peor hubiera sido salir de copas y tener que pedirme uno de esos brebajes de colores que empalagan más que la miel y que tanto les gustan a las chicas.

Convertimos en un juego de dos la búsqueda de su nombre o sus iniciales. Ahora ya no lo hacía ella sola con cara mustia. Lo hacíamos los dos juntos, divertidos, cómplices. Incluso los días en los que no publicaban nada suyo, me confesó un día, ya no le resultaba tan doloroso si estaba yo a su lado. Me gustaba encontrarme a su lado las mañanas en las que aparecía su nombre completo. Solía compensarme con un beso que sabía a azúcar bruñida. Me gustaba encontrarme a su lado las mañanas en las que sólo hallábamos sus iniciales, S.O. Eso lo pagaba con un cariñoso puñetazo en el hombro y una sonrisa. Me gustaba incluso encontrarme a su lado las mañanas en las que no publicaban sus noticias. Esas mañanas se las gratificaba yo a ella con un hombro sobre el que llorar y unas caricias en sus cortos cabellos.

Las mañanas se prolongaron en el tiempo, y el tiempo trajo consigo las tardes. Las tardes trajeron las noches, y las noches se prolongaron hasta los desayunos. Dejamos de compartir únicamente las horas de la cafetería para compartir las horas de nuestras vidas. Silvia y José, José y Silvia. Incluso ahora suena bien. Me sentía completo, feliz.

Fueron meses dulces, glaseados de cariño y risas. Cualquier cosa que hiciéramos, mientras la hiciéramos juntos, desprendía emociones intensas y recuerdos imborrables. Habíamos convertido en rituales divertidos cada acción del día, desde la compra cotidiana en el centro comercial hasta la redacción y corrección de los artículos de Silvia que no publicaban. La preparación de cenas congeladas, tótem de nuestra alimentación, se erigió en una misa de comentarios irónicos en torno a la guerra de sexos y en apuestas para ver a quién le tocaba fregar los cubiertos. La limpieza semanal del pequeño estudio de alquiler conllevaba toda una serie de planteamientos eróticos, que nos ocupaba horas y horas sin apenas lograr barrer una sala. Casi siempre se nos olvidaba correr las cortinas, así que más de un vecino onanista padecería la tortura de la envidia mientras nos amábamos sin pudor sobre la alfombra, la mesa del ordenador, el sofá en cualquier lugar que nos viniese a bien en ese instante. En invierno, por cuestiones de temperatura y también para variar el espectáculo vecinal, los juegos de la limpieza semanal los realizábamos abrigados únicamente por unas camisas que dejaban al descubierto su pubis intonso y mi delatora animación.

El tiempo pasaba aunque para nosotros era como si se hubiera detenido. Continuábamos con los quehaceres propios de la supervivencia en la ciudad, aunque apenas percibíamos el movimiento acelerado del mundo ni los cambios que poco a poco se habían ido produciendo a nuestro alrededor. Pero, por mucho que deseáramos congelar el momento, conservarlo bello e

incorrupto por la eternidad, nuestro barco se acercaba a puerto. Silvia terminó las prácticas del master. Prorrogaba su tiempo como becaria para Agencia EFE, pero necesitaba más. Nunca dejamos el juego de los desayunos, la búsqueda de su nombre o sus iniciales en los encabezados de los artículos, pero, al finalizar su paso por El País, las veces en las que Silvia necesitaba un hombro sobre el que llorar se multiplicaron. Apenas un par de veces al mes, en el mejor de los casos, observábamos unas S.O. debajo de un titular. Si esto todavía no era suficiente, la Agencia comenzó a suprimir los nombres de los colaboradores y a firmar sólo con EFE. Las pesquisas, además de infructuosas, se hicieron más complicadas porque había que revisar cada noticia íntegra para que ella supiera si era su trabajo el que publicaban.

Cada vez aparecía menos. Seguía peleando pero no había manera. Pateaba las calles de Madrid persiguiendo ruedas de prensa de concejales y directores generales, acudía a los eventos organizados por cada oenegé o asociación, investigaba como si cada artículo fuese posible portada del dominical, corregía y corregía el estilo y el contenido, se apuntaba a cada cursillo que pudiera proporcionarle una línea más en su currículum... Su existencia se convirtió en una guerra suicida, en una carrera contra el tiempo que se escurre como arena por el intersticio de los dedos. Y no podía vencer. Su carácter se iba apagando, cada vez más alejada de su futuro, cada vez menos viva como esos gnomos de los cuentos que dejan de vivir simplemente porque ya no tienen ilusión. Y mientras su futuro se alejaba de ella, ella se alejaba de mí. Compartíamos piso, gastos y conversaciones. Pero cada día nos pertenecíamos menos, cada día recordábamos menos cuánto nos necesitábamos, en un alzheimer amoroso en fase avanzada. A mí no me importaba que no le publicasen. Aunque nunca hubiera tenido trabajo, aunque hubiese sido camarera, músico o ministro yo hubiera permanecido a su lado. Para mí ella era mi nombre en los titulares de la vida, la confirmación de que el mundo merecía la pena, mi sueño. Pero para ella no era suficiente. Yo no era suficiente. Soy como cualquiera que ama: por más que las cosas fallen, siempre creemos que con el amor de uno es suficiente. Pero no es suficiente. El amor es un aeroplano bimotor. Si se estropea un motor, puedes mantenerte en el cielo algún tiempo más, pero al final tienes que realizar un aterrizaje forzoso o simplemente estrellarte. Y en el amor no existen los aterrizajes forzosos, sólo los accidentes.

Nuestro vuelo se prolongó un año más. No fue fácil. Tuvimos que planear sobre mil dificultades y discusiones, pero lo intentamos todo. Silvia batallaba por encontrar su oportunidad en Madrid, cerca de mí, pero cada semana que pasaba su talante se endurecía un poco más. Yo, por mi parte, hubiera matado por poder concederle su sueño, su nombre en los encabezamientos de las páginas sepia. Pero nada podía hacer por ella, y reconocerlo no hacía otra cosa que agriar también mi carácter.

Dejamos de compartir los desayunos y las mañanas. Las tardes carecían de comunicación y en las noches nos separaba un helado desierto inmenso en las sábanas. La seguía amando, y puede que ella también a mí, pero no podía corresponderme. Se sentía vacía, inútil para la vida sin su sueño. La comprendo: yo me siento vacío desde que me falta mi sueño, desde que me falta Silvia. También a mí me han quitado los créditos de los titulares de la vida.

Lo que para ella significaba una pequeña y remota posibilidad, para mí constituyó una catástrofe. Únicamente parecía un papel clavado en un tablón de anuncios, un pegote entre avisos de pisos compartidos, alquileres supuestamente económicos, solicitudes de camareros para fin de semana y proclamas o chistes de compañeros. Se necesita corresponsal freelance, rezaba el encabezamiento, imprescindible inglés fluido, francés y manejo de cámara fotográfica. Opciones de futuro.

Opciones de futuro. Resulta irónico. La frase “opciones de futuro” en un anuncio laboral suele significar algo así como sueldo de subsistencia y trabajo intensivo, en el mejor de los casos. Silvia no lo dudó. Arrancó el papel del tablón de anuncios en el que, como becaria, había pegado ella misma tantas veces notas o informaciones que le requerían los periodistas con puesto fijo, y se presentó al proceso de selección de candidatos. Yo no me enteré hasta que fue demasiado tarde. Con su sonrisa tímida y ojos de necesidad convenció a la chica que realizaba la elección de los corresponsales. Supongo que las frecuentes guerras repartidas por todo el planeta y los asesinatos de decenas de periodistas anualmente le brindaban esta oportunidad. Todos los candidatos que habían respondido al anuncio eran jóvenes becarios o recién licenciados, aburridos de preparar cafés y de corregir los textos para las ediciones digitales de los diarios que apenas nadie ojea. Sin embargo, lo que para los veteranos representaba un sueldo miserable por un riesgo incalculable, para ellos era la luz al final de un túnel, la posibilidad de llegar a la superficie, de cumplir su sueño o de morir en el intento.

Morir en el intento. No podía pensar en otra cosa desde que me lo dijo. En eso, en la posibilidad de su muerte y, tengo que reconocerlo, en la idea de que me abandonaba. Aunque resulte increíble, la imagen egoísta de su partida se superponía incluso a la de la probabilidad de su muerte. Los infinitos riesgos que correría, las carreras delante de tanques o los silbidos de los proyectiles, se difuminaban bajo ese otro miedo, el miedo a quedarme solo, a perder a quien más amaba en este mundo. Intenté convencerla. Hablé durante horas, supliqué, lloré. Me enfadé y grité. Volví a suplicar, con el corazón arrastrado. Pero ella ya había tomado una decisión y, desgraciadamente, yo sabía que era lo mejor. La había visto consumirse, apagarse

como una vela que quema el poco oxígeno que contenía la mampara de cristal en la que la han encerrado. Y sabía que tenía que irse, que debía aprovechar esa salida. Salida, sí, la salida de mi vida. Su razón de ser, su esencia, estaba en plasmar su nombre en los titulares. Y yo la amaba lo suficiente para reconocerlo, asumirlo y pagar el precio de mi amor: perderla.

Las dos últimas semanas que pasamos juntos las dediqué a ayudarla en sus preparativos. Apenas hablábamos porque nos resultaba demasiado duro. Cada frase sonaba a despedida, cada palabra tenía el gusto inequívoco y amargo del adiós. Por más que lo intentáramos ambos, no logramos imponer una sonrisa en nuestros rostros ni un gesto de ilusión. Dos semanas son muy poco tiempo para asimilar una ruptura, y mucho menos una ruptura del amor verdadero. Volqué todas mis fuerzas en extraer lo mejor de los minutos con Silvia. Deseaba conservar el recuerdo perfecto, el instante que compensara su marcha. Pero se hacía muy difícil sabiendo que ella partía rumbo a su futuro y yo simplemente me quedaba aquí, envarado en mi pasado, sin esperanzas, sin ella.

Llegó el día, despejado y de temperatura agradable aunque a mí ni me lo pareciese. La acompañé a Barajas. En silencio cargué con sus maletas hasta la consigna. Ella tampoco dijo nada. Su primer destino como corresponsal era La Rioja argentina. Me parece que tenía que seguir las revueltas que en la provincia de Carlos Menem se estaban produciendo desde que el corralito dejó a los pobres más pobres y a los ricos un poco menos.

-Hay más acción en Buenos Aires- me había aclarado Silvia-, pero para empezar no está mal. Además no implica problemas de idioma y me dará margen para preocuparme del manejo de la cámara de fotos.

Recuerdo que me alivió bastante que no la enviaran a Oriente Próximo o a alguna región de conflicto armado. Aun así, esa misma tarde la pasé en la hemeroteca, consultando los periódicos de los dos últimos meses para tranquilizarme.

La puerta de embarque. Estaba paralizado. Supongo que es así como se siente un inquilino del corredor de la muerte en el instante final. Me temblaban las rodillas y no sabía qué decir. Miraba al monitor, comprobaba que el avión no llevaba retraso y luego miraba a Silvia. Ni siquiera en ese momento podía hablar. En el fondo reconocía que cuanto antes terminara mejor sería. Pero incluso el culpable espera el indulto del gobernador que nunca llega. En mi caso tampoco hubo indulto, tan sólo un abrazo que Silvia, mi verdugo y mi vida a la par, me dio con el corazón y yo apenas pude corresponder. Debí haberle dicho lo mucho que la quería, abrazarla, besarla hasta que la azafata del mostrador nos apremiase a embarcar. Debí sujetarla entre mis brazos con tanta fuerza que no pudiera escurrirse. Debí haber convertido la

despedida en un anuncio de televisión, cargado de simbolismos y pasión, con Silvia y José como modelos inmejorables que venden sentimientos y tal vez una colonia. Pero no hice nada de eso. Únicamente me limité a corresponder pusilánime a su abrazo y a decirle que me mantuviera informado de dónde estaba. Ella me besó, su último beso, la inyección letal, y me prometió que se comunicaría siempre conmigo. Hubiera deseado morir de verdad.

El mes que viene se cumplirá el segundo aniversario de su marcha y yo sigo viniendo cada día a la misma cafetería, a continuar el juego que ella empezó. Las dos únicas diferencias son que ahora busco su nombre solo y que lo hago en las páginas de Internacional. Uno no puede huir de lo que es, y ella es periodista. Hizo su elección y yo la mía. Cubre noticias por todo el globo. Nunca dudé que lo conseguiría. Ha logrado convertirse en un personaje de esos interpretados por Robert Redford o Mel Gibson.

La sigo amando, y me conformo con buscar su nombre al inicio de los artículos. La sigo amando, y me conformo con la esperanza de su regreso. Todavía no me he acostumbrado a su ausencia. Casi dos años y más de veinte países recorridos a la caza de su sueño y sigo llorando cuando veo su nombre bajo un titular. Lloro porque no está conmigo, pero lloro también porque sé que sigue viva. Supongo que los camareros del café Indefinido pensarán que he perdido la cabeza, que estoy loco. Un hombre que llora casi cada mañana leyendo el periódico no resulta una estampa de lo más normal. Que piensen lo que quieran: ella sigue viva, y por lo tanto mis esperanzas también. Además tengo un secreto: Silvia ha cumplido su promesa. Leyendo sus crónicas he descifrado un código, nuestro código. Curiosamente, las últimas ocho noticias que ha cubierto empezaban con las palabras **Todos, Esperanza, Quizá, Unionistas, Irlanda, Esperanza, Rusia y Ocupación.**

Ahora espero con ansia los próximos artículos. Ojalá algún día empiecen por las palabras **Reunión, Esperanza, Guinea, Rivalidad, Esperanza, Saber, Orden, Anuncio, Claro, Asamblea, Sonado y Amor.**

(JAVIER JIMÉNEZ LÓPEZ)